

Algunos rasgos del espíritu del Opus Dei

El Opus Dei está presente en la Iglesia para fomentar la búsqueda de la santidad en medio del mundo. Se exponen a continuación cuatro rasgos de su espíritu, estrechamente unidos entre sí: la filiación divina, la unidad de vida, la santificación del trabajo y la piedad doctrinal.

18/11/2022

No se distingue entre fieles laicos y ordenados, porque, como explica san

Josemaría, “en la Obra no hay dos clases de socios, clérigos y laicos: todos son y se sienten iguales, y todos viven el mismo espíritu: la santificación en el propio estado” (Conversaciones, n. 69).

1. Filiación divina

«La filiación divina es el fundamento del espíritu del Opus Dei», afirmaba san Josemaría (Es Cristo que pasa, n. 64). El bautismo nos hace hijos de Dios en Cristo, e inaugura una relación basada en la confianza en la Providencia divina, la sencillez en el trato con Dios y con los demás, un profundo sentido de la dignidad de la persona y de la fraternidad entre los hombres, un verdadero amor cristiano al mundo y a las realidades creadas por Dios, la serenidad y el optimismo.

La formación que proporciona el Opus Dei fortalece en los fieles

cristianos un vivo sentido de su condición de hijos de Dios, que impregna cada una de sus acciones y les ayuda a conducirse de acuerdo con la excelsa vocación con que han sido llamados (cfr. *Ef* 4, 1).

San Josemaría sintetizó este sentido de la filiación divina como un deseo ardiente y sincero, tierno y profundo a la vez de imitar a Jesucristo como hermanos suyos, hijos de Dios Padre, y de estar siempre en la presencia de Dios; filiación que lleva a vivir vida de fe en la Providencia, y que facilita la entrega serena y alegre a la divina Voluntad.

2. Unidad de vida

“Un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo” (*Ef* 4, 5), dice san Pablo para describir la realidad de la vida cristiana: la vida de los seguidores de Cristo es, y debe ser, *una sola vida*, única, unitaria. Se trata de “una

condición esencial, para los que intentan santificarse en medio de las circunstancias ordinarias de su trabajo, de sus relaciones familiares y sociales" (Amigos de Dios, n.165).

Ante la tentación de que el cristiano disocie su relación con Dios de su comportamiento en el trabajo, la familia y las relaciones sociales – error que subrayó la Constitución *Gaudium et spes* (n. 43)–, san Josemaría predicaba con fuerza: “no hay –no existe– una contraposición entre el servicio a Dios y el servicio a los hombres; entre el ejercicio de nuestros deberes y derechos cívicos, y los religiosos; entre el empeño por construir y mejorar la ciudad temporal, y el convencimiento de que pasamos por este mundo como camino que nos lleva a la patria celeste" (Amigos de Dios, n.165).

La formación que se imparte en la Obra conduce a orientar a Dios, a

través del cumplimiento de los propios deberes, las estructuras de la sociedad; a luchar por mantener siempre “una unidad de vida, sencilla y fuerte, en la que se funden y compenetrán todas nuestras acciones” (san Josemaría, cit. en A. Vázquez de Prada, *El Fundador del Opus Dei*, vol. II, Rialp, Madrid 2002, p. 577).

Para crecer en esta unidad de vida son necesarias la confianza en el Señor y la sinceridad de vida –con la ayuda del examen de conciencia y de la dirección espiritual personal–. Así es posible superar las discrepancias entre lo que Dios pide y el propio querer y obrar.

3. Santificación del trabajo

La santificación del trabajo es *quicio* de la santificación en medio del mundo, según el espíritu del Opus Dei; además es, como decía san

Josemaría, condición *sine qua non* para el apostolado. Se trata de trabajar mucho, con perfección humana y con perfección cristiana. Es preciso además trabajar bien porque Dios quiere que nos ocupemos del mundo que Él mismo creó (cfr. *Gn* 1, 27; 2, 15), para llevar todo lo creado hacia Él (cfr. *Jn* 12, 32).

En primer lugar, se trata de trabajar con perfección humana, es decir, cuidando las cosas pequeñas, con orden, intensidad, constancia, competencia y espíritu de servicio y de colaboración con los demás; en una palabra, con profesionalidad.

Además, se debe buscar la perfección cristiana, poniendo a Dios en primer lugar, pues la vocación profesional es parte esencial de la vocación divina de cada hombre (cfr. Amigos de Dios, n. 60). Trabajando por amor a Dios y con deseo de servir a sus hermanos los hombres, el cristiano pone en

ejercicio las virtudes humanas y sobre todo la caridad, de manera que no sólo se santifica él mismo, sino que santifica el propio trabajo, que pasa a ser así auténtico medio de santidad.

Fruto directo de la unidad de vida y del trabajo santificado será el apostolado. “Para el cristiano, el apostolado resulta connatural: no es algo añadido, yuxtapuesto, externo a su actividad diaria, a su ocupación profesional” (Es Cristo que pasa, n. 122).

4. Piedad doctrinal

San Josemaría enseñaba que la piedad es el *remedio de los remedios* : una piedad honda, “doctrinal”, pues sin doctrina la vida de intimidad con Jesucristo corre el peligro de ser superficial, meramente externa y sentimental.

Doctrina y piedad no pueden existir separadamente: se necesita doctrina para alimentar la piedad, y piedad para vivificar la doctrina. De esta manera, el cristiano inmerso en las actividades temporales cuenta con un bagaje suficiente para alimentar su vida de oración, y a la vez para responder a quien le pida razón de su esperanza (cfr. *1 Pe* 3, 15), en los distintos desafíos de la vida social y profesional. “Cuídame, aunque te caigas de viejo –concluye san Josemaría– el afán de formarte más” (*Surco*, n. 538).
